

Los Libros

NIETZSHE DIONISIACO Y ASCETA, por don *Enrique Molina*

En el noble reposo que corona los cincuenta años de su vida de maestro y pensador, don Enrique Molina se ha dado a la apasionante tarea de juzgar y valorar a Nietzsche ¿Por qué? El centenario del frenético autor de «Así hablaba Zaratustra» no ha significado en este caso más que una simple coincidencia. Y adelantemos que, sin embargo, en la América española Nietzsche no ha recibido mayor homenaje en la oportunidad de la secular efemérides, que este libro de seria y paciente elaboración y de honesta y alada doctrina. La génesis psicológica de la obra que nos ocupa debe buscarse en otra parte. En su labor de humanizar la filosofía, característica esencial del Maestro amable que compuso esa sinfonía de la serenidad cordial que se intitula «De lo espiritual en la vida humana», don Enrique Molina hubo de detenerse necesariamente en la paradójal audacia de Nietzsche, revalorar al trastocador de todos los valores y poner de relieve su influencia en el gran drama de nuestros días. Porque a pesar de todo, Nietzsche se merece los honores de absorber la atención inteligente durante largo tiempo, y la obra que don Enrique Molina le ha consagrado es el fruto de algunos años de reflexión y fervoroso trabajo.

Además don Enrique Molina es educador en grado eminente, y la rebelión de Nietzsche contra el freno de la norma consagrada y su apología del instinto hecha en vibrador y caudaloso estilo suele golpear con demasiada facilidad la conciencia

de los jóvenes, en cuyo corazón pletórico la vida palpita en tumulto y frenesí, ansiosa de una libertad sin límites y de una plenitud avasalladora y genial. ¿Quién a los veinte años no ha sentido en el autor de «La Genealogía de la Moral» al supremo libertador de la vida íntima, al héroe de la soledad del alma en pugna contra todo lo arbitrario y lo establecido?

Una advertencia amable, una luminosa exhortación a la adolescencia anima gran parte de estas páginas que prolongan con fecunda virtualidad, en sencillo lenguaje, el vigoroso influjo educativo del maestro de «La herencia moral de la filosofía griega».

Lo primero que impresiona en el libro de nuestra referencia y le comunica la diafanidad musicalmente estremecida de su clima propio, es la vibración de simpatía efusiva—atmósfera natural de un espíritu superior—con que el comentarista analiza a un pensador de quien discrepa esencialmente. En la hazaña, resplandece la figura moral del juez con sus condiciones de caballero relevadas hasta lo épicamente bello y su sentido profundo de la armonía cósmica. ¡Qué gran lección para la crítica de todos los tiempos!

La actitud humanamente comprensiva hacia el genio aparece a cada instante: «el hombre extraordinario» (pág. 188); «pocos escritores más proteiformes» (ibidem); «Nietzsche es ante todo un gran libelista, un inmenso poeta y un maestro del estilo» (página 222) era un gran «impresionista» (ibidem). «En cualquier categoría que se lo sitúe queda a firme que Nietzsche realizó su labor con gran honradez y abnegación. Lo que le interesaba principalmente era decir la verdad, sus verdades. Lo demás lo sacrificó a este altísimo fin. En servicio de sus verdades defiende tesoneramente la libertad de su espíritu, la autonomía de su voluntad. De todas sus páginas parte un acento de sinceridad innegable» (pág. 223). «Todo lo sacrificó a su misión heroica» (pág. 225).

Podríamos multiplicar las citas en apoyo de nuestro aserto.

Las que hemos transcrito muestran algunas características del estilo del autor: la más notable de todas ellas es la naturalidad del lenguaje, que fluye como una conversación a la vez familiar y elevada, con uno que otro toque pintoresco o irónico, con tal o cual alusión realista a la vida cotidiana; sin énfasis retórico, con una facilidad que ocasionalmente hasta raya en desaliño. Burla burlando, dice todo lo que tiene que decir, que es mucho... La frase es además el vehículo estricto de la idea, la sobriedad se convierte aquí y allá en nervioso impresionismo, en cincel o escoplo tajante para el bloque y la forma definitiva del monumento. Así el trazo final, digno de un maestro del idioma:

«Su doctrina predilecta es la exaltación de lo dionisiaco con
« su atropelladora cohorte de la voluntad de poderío, la vida
« intensa y el triunfo de los instintos. Y él carece siempre de
« todo lo que sería propio de una existencia así concebida. No
« tiene ni poder ni riquezas ni honores ni amores. «Ambicio-
« nar honores en esta época, dice, es mucho más indigno de un
« filósofo que en cualquier época anterior: ahora que domina
« la plebe, ahora que la plebe otorga todos los honores». No
« posee ni su cama ni la mesa en que escribe. Jamás tuvo una
« compañera que llevara a su alma el bálsamo y la inquietud
« de un amante corazón femenino. Todo lo sacrificó a su misión
« heroica. Estuvo más cerca de los santos que denigraba que
« de los Césares y del Borgia que ensalzaba. Fué un dionisiaco
« verbal y en realidad un asceta».

Esta semblanza nos parece sencillamente magistral. Su estructura antitética y dramática surge de la propia personalidad de Nietzsche. Pero, ¡qué vigor de rasgos, qué grandeza en la amplia comprensión del tentador!

No es menos admirable el plan del libro, de inadvertida originalidad dentro de la literatura nietzscheana. Vida y obra del poeta de «las siete soledades» se entretejen en el libro de don Enrique Molina, y vemos nacer la doctrina discutible o el pen-

samiento fulgurante condicionados no poco por las circunstancias biológicas, sociales, culturales y afectivas que rodean la impresionante personalidad de Nietzsche, el mártir.

Y ahora nos corresponde examinar el fondo de la obra.

En nuestra opinión, muy modesta por cierto, Nietzsche ha sido el sofista más genial y angustiado de nuestra época. Sofista no en el sentido del virtuosismo dialéctico, de la habilidad agonística o erística, sino en una acepción mucho más honda, dramática o trascendental: en cuanto repercuten en los abismos de su corazón todos los conflictos ideales de un período de crisis natural, que duda de todos los valores y que concluye por proclamar como Protágoras que «el hombre es la medida de todas las cosas». Su precursor remoto es justamente el sofista Calicles, personaje del «Gorgias» de Platón, a quien Sócrates refuta maravillosamente. En este diálogo Calicles dice entre otras cosas:

«Las leyes son obra de los débiles y de la mayoría. Para
« asustar a los fuertes, se dice que es injusto luchar por llegar
« a ser más poderoso. Pero la Naturaleza muestra lo contrario;
« justo es que el que sea más poderoso posea más que el que
« es más débil, el cual vale menos que aquél. La Naturaleza
« hace ver esto, así en los animales como en los hombres. To-
« mamos en su juventud a los más fuertes y mejores, los adoc-
« trinamos, los domamos como a cachorros de león, diciéndoles
« que es preciso atenerse a la igualdad, que en eso consisten el
« bien y lo justo. Mas si apareciese un hombre nacido con gran-
« des cualidades, que sacudiese esas trabas, pisoteando vues-
« tras escrituras y vuestras leyes, que se elevase por encima
« de todos vosotros, y de esclavo pasase a ser señor, entonces
« se vería brillar en él la justicia tal cual ella es en la institu-
« ción de la Naturaleza. Los bienes de los débiles y de los pe-
« queños pertenecen por derecho al más fuerte y al mejor». A
esta reflexión paradójica de la época helénica le faltó sólo la
ciencia de Darwin y el criterio frío de Herbert Spencer para

costrar el volumen gigantesco con que se desarrolla en Nietzsche. Allí están esbozados «el superhombre» y «la voluntad de poderío».

Pero la doctrina de Sócrates es clara y profunda, y las ideas «valen» más que los hombres en particular.

¿No se diría que en el libro de don Enrique Molina se ha renovado, a muchos siglos de distancia, este diálogo esencial y memorable? Esencial, sí, porque despliega el eterno conflicto entre el instinto y la razón que nos acompañan hasta la tumba. Dualismo del corazón humano, que no es el de Don Quijote y Sancho, ni el de Ariel y Calibán, sino la verdadera gran tragedia del espíritu en la esfera de lo trascendental.

¿No se diría también que esa oposición entre lo dionisiaco y lo apolíneo (oposición que en el alma griega señaló inmortalmente el propio Nietzsche por primera vez) se reproduce con energía en la obra que comentamos? Nietzsche y don Enrique Molina, dos personalidades contradictorias, protagonizan aquí las dos tendencias: el primero, la dionisiaca: impetuoso, oscuro, atormentado, desesperado, lleno de fragor patético. El segundo, la apolínea: claro, ordenado, sonriente, acogedor, envuelto en la suave luz de su íntima «sophrosine» que es la suprema victoria de una voluntad recia al servicio del «logos».

Y ambos caracteres, irreductibles, incompatibles (sin lo cual no habría drama) salen de la «agonía» enteros, sin embargo, poderosos, solicitando fuertemente nuestra simpatía en la medida en que lo angélico y lo diabólico, el «ethos» y el «paths», el instinto apasionado y la inteligencia reguladora, luchan en lo hondo de nuestros corazones.

Ha trabajado, pues, don Enrique Molina, acaso sin buscarlo, en una materia trágica, y nos ha dado un gran libro de filosofía y humanidad, sencillo y trascendental, amable y profundo.

Dijo Goethe que «es una forma de hurto guardar silencio frente el mérito ajeno», y aunque en este caso no han faltado

los elogios justos, debemos decir algo más: que en la última obra de don Enrique Molina cobra un relieve dinámico su indiscutible calidad de maestro de la juventud hispanoamericana; y que los mentores que tienen la responsabilidad del porvenir, verán con inmenso júbilo durante muchas décadas—por lo menos—este libro edificante y bello en manos de las generaciones nuevas.—FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ.



CARTAS A UNA SOMBRA, por Myla Oyarzún.

He leído sordamente, con la obscura y luminosa atención que para este hermoso libro en claroscuro, se requiere, y por ello, he vuelto a recorrer los caminos, tan familiares para mí, de la angustia, situándome en el recuerdo, desde donde nace la evocación creadora de Myla Oyarzún.

Su novela poemática situada en el mundo sensible, comienza en una escuela, sigue por un camino y se encuentra con el amor. Desde ese momento, la inspiración de la escritora es tomada por la angustia, y como dijo Tudela, «tiene desgarradamente el secreto de los mundos que mueve», y es por lo tanto, como tener la intuición del sufrimiento gestativo del universo, dando forma y contenido a la atmósfera en que respira el proceso de creación, y esta forma es la angustia; «raíz de todo alumbramiento». Entonces nos introducimos a ella, captando la flor en un momento cualquiera.

Y la flor nace, en el amor de Ximena y Gonzalo. Ambos soñadores, viven su romance hecho del afán metafísico de supervivir en el mágico estado de trance donde sitúan su pasión, pasión hecha de ademanes inaprehensibles, animada por un lenguaje de exaltación amorosa, donde la gran poesía pone sus colores más felices. El ama, pero no desea. La mujer le es indispensable en su metafórico y visionario mundo, pero la insi-